Antonio Pérez-Esclarín

¿Es posible educar hoy en Venezuela?

La pregunta puede parecer excesiva, improcedente. Bastaría con señalar el hecho de que millones de niños y de jóvenes asisten cada día a la escuela, el liceo o la universidad, para negarle a la pregunta pertinencia.

Sin embargo, queremos dejar desde ya bien claro que entendemos por educar algo mucho más sublime e importante que transmitir saberes o conocimientos, legitimaciones ideológicas, fórmulas científicas, explicaciones de procesos naturales. Educar es contribuir a formar hombres. Por ello, antes que otra cosa, los centros educativos tienen que ser talleres de hombres. Hombres que amen el trabajo, que sean activos, de iniciativas generosas, ciudadanos celosos de sus libertades pero capaces de disciplinarse para servir colectivamente a las causas justas. Como ya nos decía Freinet, "la adquisición de conocimientos es una función menor de la escuela. Lo que importa es la formación en el niño del hombre que será mañana, el hombre moral y social, el trabajador consciente de sus derechos y de sus deberes, suficientemente valeroso para darles cara, el niño y el hombre inteligente, investigador, creador, escritor, matemático, músico, artista".

Y evidentemente, más allá de cierta retórica interesada y hueca, estos fines han quedado desterrados del sistema educativo. La Escuela parece haber renunciado a su función primordial de formar hombres.

Incluso cuando se habla de la crisis que golpea al sistema educativo, la mayoría de las críticas se refieren fundamentalmente al fracaso de dicho sistema en su dimensión meramente instructiva: cada día los alumnos saben menos cosas y las saben peor.

LA EDUCACION NO LE IMPORTA A NADIE EN VENEZUELA

Muchas son las causas que se señalan para explicar esta triste situación: la politiquería, la rutinación banal y sin sentido de la docencia, el gremialismo ciego e inmediatista que no se plantea otras formas de lucha que la supresión de clases, la falta de dotación de los centros escolares, la mala formación de los docentes, la situación de marginalidad de gran parte de los alumnos y de sus familias que no tienen ni para comer ni para comprar los útiles... En el fondo de todas estas causas y como raíz de ellas, está el hecho gravísimo de que pareciera que, en Venezuela, la educación no le importa verdaderamente a nadie. No le importa al Gobierno, preocupado tan sólo de que se cumpla la formalidad de los 180 días de clase; no le importa a los supervisores que, habiendo conquistado en su mayoría el cargo por prebendas politiqueras o porque, ante algún problema, fueron ascendidos (¡en educación la única sanción posible es el ascenso!), faltos en su inmensa mayoría de la menor vocación de educadores, se empeñan en reducir la dimensión educativa al cumplimiento de una serie de exigencias burocráticas. En los muchos años que llevo de práctica educativa, nunca he conocido un supervisor realmente preocupado por la calidad de la enseñanza, por el crecimiento del alumno... Conciben su función únicamente como fiscalizadores de papeles. Lo importante no es que el sistema educativo funcione, sino que **parezca que funciona**: que tenga el motor prendido y haga ruido; no importa que tenga el cloche metido y que, por ello, a pesar del ruido y de los acelerones, esté completamente paralizado.

No le importa la educación a los partidos políticos, incapaces de presentar una verdadera propuesta educativa, negados a formar realmente a sus militantes-docentes, que conciben las escuelas, liceos y universidades como lugares donde cosechar dividendos partidistas. Ni le importa la educación a los gremios que, abocados a la defensa de los derechos de sus agremiados, nunca se plantean la exigencia de sus deberes ni la defensa de los derechos de los alumnos a una educación de calidad. Y no parece importarle demasiado tampoco a los propios docentes que, atrapados en un ritual vacío, raramente se muestran preocupados por mantener un nivel de cuestionamiento sobre su práctica de educadores, sobre el hecho mismo de educar. El silencio es el sonido natural del sistema educativo. Y pareciera que este fuera el ideal. Cuando no se habla de la educación, es porque las cosas andan bien. La educación sólo es noticia cuando entra en la crónica de los sucesos o en la sección de los conflictos. Y una vez resueltos —mal o bien— los conflictos, que han venido a ser una constante en el calendario escolar de Venezuela, todo sigue igual, nadie se plantea las preguntas fundamentales: qué es educar, para qué educamos, cómo educamos.

LA PERDIDA DEL SENTIDO COMUN

En el sistema educativo, digámoslo de una vez, se ha perdido el norte, la sensatez, el sentido común. El sistema escolar está desgajado del tronco de la vida. Gira y gira en un mundo irreal, de conocimientos muertos, donde el saber, en vez de ser capacidad para vivir más intensamente, se concibe como acumulación de datos, fechas, números..., recital de un rito sin sentido. Perdemos demasiado tiempo dando vueltas a términos y problemas del pasado, olvidamos del hoy, del mañana que se está gestando a espaldas nuestras, sin nuestra reflexión ni nuestra participación, por eso un futuro de otros y para otros que se nos escapa. Trinchera del ayer, del ritual vacío, de la fórmula hueca, en la escuela casi todo suena a falso e irreal. Hasta algunos docentes adoptan dentro del salón un tono de voz que no es el suyo, como si se dispusieran inconscientemente a ser los comediantes de esa farsa colectiva del sistema educativo, cuya expresión más manifiesta es el mito de una nota que, con frecuencia, sólo expresa la habilidad durante unas pocas horas de la vida par repetir unos datos sin trascendencia. ¿No es cierto que hasta los alumnos más aventajados saldrían muy mal parados si les pusieran el mismo examen unos meses después de haberlo respondido? ¿Qué significa entonces esa nota en sociales, ciencias o matemáticas, si al año siguiente el alumno no tiene ni la menor idea de lo que la mencionada nota quiso expresar?

El problema de la educación no reside, pues, en repetir o adaptar las nuevas teorías cognitivas, en definir atinadamente los objetivos, en revisar los currícula, en amontonar diplomas y maestrías, sino en inyectarle vida al proceso educativo. Los textos escolares y los periódicos hablan dos lenguajes totalmen-

te diferentes. Aquellos hablan de gloria, de sacrificio, de prosperidad, de derechos... Estos, de hambre, de vivismo, de corrupción, de falta de agua, de puñaladas por un par de zapatos.

Es muy poco lo que avanzaremos si no nos dedicamos a entroncar los contenidos educativos en el mosaico de la vida. Es necesario bajarse de ese mundo ideal, artificial, hueco, aséptico, para enraizar la propuesta educativa en la tierra de la realidad, donde la mayoría de los niños van a la escuela sin libros en las manos y sin desayuno en el estómago. ¿Cómo hacer entonces del hambre un problema educativo? ¿Cómo releer la historia desde nuestra marginalidad, desde la carencia absoluta de todos lo servicios? ¿Cómo hacer del amor a la patria un compromiso de lucha por la justicia de modo que todos los venezolanos —la patria humana— vivamos dignamente? ¿Cómo inculcar los valores de generosidad, entrega, sacrificio, honestidad..., si —de hecho— son percibidos y propuestos como antivalores por una sociedad que no se cansa de presentarnos al vivismo, la ostentación, la corrupción, la mentira..., como los verdaderos valores que realizan las personas y dan poder y prestigio? ¿No son de un cinismo trágico los llamados a combatir la corrupción que hacen los corruptos? ¿No resulta sádica la exigencia de apretarse el cinturón que nos hacen los que llevan una vida de jeques? ¿No es lamentable el ejemplo de corrupción, egoísmo y vagancia que nos están dando tantos congresistas que se autodefinen como servidores del pueblo? Por todo esto, una vez más, **¿es posible educar hoy en Venezuela?**

1. Los Docentes

La respuesta no es fácil. Y la realidad no nos permite ser optimistas. De hecho, tal como están las cosas y bajando la pregunta al terreno de la constatación, es bien poco lo que se educa en nuestro sistema educativo. Allí, más mal que bien, se instruye, se imparten ciertos conocimientos (la mayoría de ellos inútiles), pero la formación está en manos del medio social, de la televisión, de los políticos, de los comerciantes, de ciertas supuestas personalidades, de la calle. Por otra parte, negar la posibilidad de educar al sistema escolar, equivaldría a una especie de suicidio de los que creemos en la educación, creemos en los docentes y creemos en Venezuela. **Será posible educar en Venezuela si —y sólo si— los docentes dejamos de ser meros instructores y funcionarios del sistema educativo y nos proponemos en serio ser educadores, maestros.**

Esto supone una decidida disposición al cambio. Pero, para disponerse a cambiar, hay que estar insatisfecho con lo que se hace, hay que asumir la parte de responsabilidad que le toca, y hay que empezar a hacer de la propia práctica y de la reflexión sobre ella, el elemento primordial de la propia formación-transformación. La práctica educativa tiene que entenderse como un proceso de investigación más como un procedimiento de aplicación. La escuela, más que ofrecer información, debe provocar su reconstrucción crítica, su propia y permanente transformación. El reto es lograr un docente que investiga y reflexiona en la acción y sobre la acción para transformarla y transformarse. Algunos investigan sobre la educación y/o la escuela, pero situándose física y psicológicamente fuera de ella. Otros ponen el énfasis en proponer cambios curriculares o de planes, pero sin tomar en consideración a los docentes. De ahí su fracaso. El docente tiene que ser, más que un funcionario que ejecuta acrítica y rutinariamente la función de transmisor de conocimientos, un profesional reflexivo que promueve el desarrollo de una ética del conocimiento abierta a la crítica, a la indagación, a la tolerancia y al pluralismo. Esto supone un docente capaz de aprender de su propia actuación, que cuestiona continuamente su actuar; un docente que somete a una crítica severa su relación con el saber, con el enseñar y con el aprender.

La escuela debe convertirse, por consiguiente, en un lugar para la reflexión y para aprender a reflexionar. Es necesario elevar a consciente la propia práctica. Es necesario aprender a mirarse y a mirar.

El problema educativo no es tanto cuestión de técnicas, de planes, de propuestas, de cambiar los pensa, de talleres de metodología..., sino de concebir la enseñanza de otro modo, entendiéndola ya no como un ritual descarnado y sin sentido, sino como una invitación al descubrimiento y al autodesarrollo. Educar ya no será, entonces, la impartición de conocimientos o conductas más o menos bien digeridos. Será, fundamentalmente, un colaborar a que el otro se descubra, se conozca, se construya, se invente, llegue a ser esa persona en que puede convertirse. El educar tiene, por consiguiente, una misión de partero de la personalidad, misión que sólo realizará adecuadamente si ha sido capaz de descubrir la dimensión ética de su profesión, y él mismo está preocupado por su permanente dignificación y superación. La educación, en definitiva, hace referencia al ser íntimo de la persona, a la conducta, a los valores.

Y esto es lo que significa ser maestro, educador: alguien que ayuda a ser hombre, a vivir con autenticidad, es decir, con sentido y con proyecto, con valores definidos, con realidades, incógnitas y esperanzas.

La vocación docente reclama, por consiguiente, algo más que horas y métodos, algo más que títulos, diplomas y técnicas pedagógicas. Formar hombres sólo es posible desde la libertad ofrendada y desde el amor que crea seguridad y abre al futuro. Cuando un docente vive su diaria tarea no como un saber que le crea un poder o como una función que tiene que cumplir, sino como una capacidad que le obliga a un servicio, está no sólo ayudando a adquirir determinados conocimientos y destrezas, sino que está dando un sentido a su práctica educativa, está educando, está enseñando a ser.

Esto presupone una madurez personal honda, una coherencia de vida y de sentido. Y esta coherencia —repitámoslo una vez más— es imposible sin un permanente cuestionamiento tanto personal como de su práctica educativa y de su proyecto de vida. Sólo quien reconoce

sus limitaciones, sus propias contradicciones, sus carencias, y las acepta como propuesta de superación, de crecimiento, será capaz de amarse y por ello amará realmente al otro, será capaz de recibir amor y por ello podrá darlo. Será capaz de aprender y por ello educar. El que cree que lo sabe todo, el que se coloca con autosuficiencia frente al alumno, el que piensa que no necesita de los demás, será incapaz de establecer una verdadera relación comunicativa, será incapaz de entender la necesidad de su propia educación, será por ello incapaz de educar.

Si educar es ayudar a los demás a ser hombre, eso sólo es posible en la medida en que se transmite fuerzas para ser, saberes para descubrir lo que somos, podamos ser y vamos siendo, esperanzas y presentimientos para perdurar. Sólo si tenemos claro qué significa ser hombre y nos empeñamos en serlo, podremos educar; del mismo modo que sólo si sabemos o sospechamos cuál es la sociedad que hace auténtico y fraterno al hombre tenemos la posibilidad de iniciar una transformación profunda de la sociedad presente a la luz de aquella todavía futura, por fundar.

Por otro lado, la libertad no se le posibilita al prójimo por ofrecerle marcos vacíos con la mera invitación a llenarlos, sino con la presentación cercana de valores vividos, de proyectos con sentido, encarnados, de actitudes de servicio concretadas en acciones serviciales. Todos, pero sobre todo los jóvenes, necesitan un ideal al cual adecuar sus vidas, una invitación a transcenderse, que canalice y planifique su impetuosidad. Si no lo hacemos, los ídolos que le proponen la sociedad, en especial los medios de comunicación, serán, como lo están siendo, los únicos modelos a imitar.

2. Algunos rasgos pedagógicos esenciales

Hemos insistido en la necesidad de que el docente sea, porque lo consideramos la pieza clave de toda propuesta educativa. Si tenemos auténticos educadores, todo lo demás se dará por añadidura. Sin embargo, queremos anotar ahora algunos rasgos de sensatez pedagógica, insistencias en elementos claves y evidentes que con frecuencia son olvidados, y que parecieran haber quedado fuera de la práctica educativa que últimamente ha privilegiado los pedagogicismos, los cambios en las propuestas curriculares que, lejos de esclarecer el proceso educativo y hacerlo significativo, han contribuido a hacer de él algo oscuro, complicado, misterioso.

2.1. Primer principio pedagógico: querer a los alumnos. La pedagogía de la alegría

El primer principio pedagógico, fundamento de todos los demás, es el amor a los alumnos. De nada sirve que el docente sea experto en redactar objetivos, que se haya graduado con calificaciones excelentes, que haya asistido a todos los cursos habidos y por haber, que haya concluido su maestría o doctorado en las mejores universidades, si, en primer lugar, sencilla y voluntariamente, no parte del amor a los alumnos. A todos los alumnos, en especial a los que tienen especiales carencias y dificultades.

El genuino educador considera al alumno no tanto como su deber, sino como su vocación. Es, en definitiva, un servidor del alumno, quien debe ser el protagonista del proceso educativo.

Amar al alumno significa actuar de tal modo que la clase se sienta feliz, que esté en óptimas condiciones de desarrollo, que cada alumno pueda ir tan lejos como le sea posible en su crecimiento y realización. Para esto es imprescindible crear un clima de verdadera comunicación, de alegría y plenitud, donde los alumnos puedan expresarse con toda libertad, donde sus problemas, inquietudes y preocupaciones se constituyan en el eje fundamental sobre el que se va construyendo el proceso de enseñanza-aprendizaje. Uno aprende en un contexto donde se establece una verdadera comunicación. Comunicarse más y mejor es educar y educarse más auténticamente.

Una buena pedagogía se vale de todos los recursos y oportunidades para acrecentar la confianza de los educandos, que hará posible el nacimiento de la confianza que estos deben tener en sí mismos. Junto con la confianza, hay que cultivar profundamente la amistad. En la amistad busca sediento todo ser humano la satisfacción del aprecio, de confianza y de convivencia grata que, con frecuencia, no encuentran en el hogar. Y aunque lo tenga en su casa, le es necesario porque la amistad otorga específicos niveles de consideración y estima de sí mismo.

Cada centro educativo debería ser —y proponérselo— un espacio donde crezcan y se cultivan amistades fuertes, donde se vaya madurando la amistad como aceptación del otro por lo que realmente es, y que por ello niega la utilización de la amistad para egoísmos y chantajes. La amistad puede ir cicatrizando muchas heridas del desamor. Pero la amistad verdadera hay que prepararla y cultivarla. De ahí que el recreo, el deporte, las actividades culturales, las convivencias..., tienen una dimensión educativa mucho más profunda que todo el trabajo del aula. Este tipo de actividades que fortalecen la voluntad, desarrollan la expresión, la sensibilidad y el goce estético, que cultivan la necesidad de protagonizar algo, son las que calan más hondo en la carne del espíritu. Ellas marcan la persona para toda la vida. Cuando uno hace su balance positivo de su paso por el sistema escolar, este tipo de actividades son las que uno recuerda y señala como las más profundamente educativas. Y casi me atrevería a afirmar que en los centros educativos donde están ausentes o que se les da una importancia muy escasa, difícilmente se producen hombres.

Para que todo esto vaya siendo posible; los centros educativos deben ser, antes que nada, lugares donde el alumno se sienta a gusto. Si los docentes lográramos crear un clima de alegría y de verdadera libertad tanto en el salón como en todos los recintos escolares, si fuéramos capaces de inculcar entusiasmo y vida a los alumnos, estos se entregarían con pasión al trabajo y todo funcionaría debidamente. La construcción de una pedagogía de la alegría debe ser una propuesta impostergable. Los centros educativos deben propiciar y proponerse seriamente todo elemento que di-

recta e indirectamente traiga más felicidad a los alumnos. El ambiente que los rodea, el abandono, el descuido, la frialdad desnuda de los salones, tienen mucha niebla de depresión y de tristeza. Cada plantel tiene que proponerse ser un manantial de alegría, un espacio bello, pulcro, que irradie vida a todo el vecindario. Por supuestos que en centros educativos sucios, abandonados, con el mobiliario destrozado, sin lugares de esparcimiento, va a ser muy difícil cultivar el espíritu, educar. De ahí que, en algunas oportunidades, habrá que comenzar con propuestas educativas que lleven al embellecimiento de la escuela, y al rescate y/o consecusión, con toda la comunidad, de espacios de esparcimiento y recreación.

2.2 La pedagogía del trabajo y de la vida

En el frente de cada centro educativo, en un lugar donde todo el mundo lo pudiera ver, debería haber un cartel que dijera: "Aquí se viene a trabajar". Porque, ciertamente, es bochornoso constatar lo poco que se trabaja en la escuela, el liceo o la universidad. Y no nos estamos refiriendo meramente a la vagancia que se ha enseñoreado de una buena parte de los docentes que escasamente cumplen con la vergonzosa cuota de 100 días de trabajo al año, y ven buena toda excusa para no asistir al trabajo o camuflan su labor pedagógica con "actividades especiales" o "poniendo a los alumnos a investigar", sino que, y más profundamente todavía, la labor pedagógica, aun en el supuesto que se de, está desligada de la vida y del trabajo. Es más, según la mentalidad generalizada, "se estudia precisamente para no tener que trabajar".

La dicotomía existente entre el supuesto trabajo intelectual y el trabajo manual-productivo, es uno de los más peligrosos resultados de un sistema escolar que ha desconocido el valor formador del trabajo. El trabajo es considerado como una servidumbre de la que el hombre debe intentar liberarse por todos los medios posibles.

El sistema escolar ha contribuido y sigue contribuyendo —incluso en esa farsa de "educación para el trabajo", especie de panacea de muchos docentes para no trabajar o trabajar menos— a degradar y rebajar el trabajo, a considerarlo como algo fastidioso y sin sentido y, en consecuencia, a ejercerlo de modo rutinario y sin la menor inspiración creadora. De hecho, si como decíamos más arriba, es común la mentalidad de que se estudia "para no tener que trabajar", muchas experiencias de "educación en el trabajo" implantadas apresuradamente en escuelas que no tienen la menor dotación para ello, que son impartidas por docentes de "educación para el trabajo" que no se consideran trabajadores —ni lo son— y andan pendientes de no marcharse, son la mejor vacuna que se podía haber propuesto contra el mundo del trabajo.

En el sistema escolar se pierde el tiempo no sólo porque hay pocos días de clase o porque faltan muchos profesores sino, peor todavía, porque la mayoría de las clases dictadas o las supuestas actividades escolares son una pérdida de tiempo que no sirven para nada, a no ser para fastidiar y aburrir a los alumnos. Urge por todo ello, para devolverle a la escuela su dignidad perdida, una pedagogía del trabajo y de la vida. Y esto que decimos no tiene nada de contradictorio —como podrían pensar algunos— con el punto anterior de la pedagogía de la alegría, sino que más bien se complementan. Sólo si el aula se va transformando en un taller donde entre a raudales la vida, la realidad, la calle, donde los aprendizajes culminan en productos útiles y bellos, la escuela podrá ser un lugar de realización del alumno. El trabajo, lejos de ser fuente de fastidio y de aburrimiento es, si es un trabajo que tiene sentido, si responde a las necesidades del alumno, piedra de gozo y de crecimiento personal. De hecho, el problema de la disciplina suele centrarse en un problema de planificación del trabajo. El alumno se fastidia —y con razón— si lo forzamos a estar horas y horas clavado a un pupitre escuchando cosas ajenas a sus intereses o le obligamos a hacer tareas o actividades en las que no encuentra el menor eco a sus inquietudes, aspiraciones o problemas. El se rebela, por medio de la agresividad o la apatía, y el docente se agota intentando mantener el orden y el silencio.

Es necesario transformar la escuela de la saliva, la tiza, el pizarrón, la copia y los apuntes, en un taller de trabajo. Hay que ahorrar saliva y dedicar el tiempo a organizar bien el trabajo de los alumnos. No nos asombremos de que la pedagogía de la saliva, el aburrimiento y la repetición produzca jóvenes con espíritu de viejo, torpes con las manos, incapaces del menor esfuerzo o heroísmo, cansados, apáticos, sin entusiasmo para nada, presas privilegiadas de la cultura de la superficialidad, el consumismo y la irresponsabilidad. La escuela debe alimentar y rescatar el valor del esfuerzo, de la tenacidad, del vencimiento, en vez de amaestrar para repetir, para llevar una vida gris, de funcionario de la novida. Debe ser, una vez más, una escuela del trabajo, fragua de la voluntad y de la personalidad. Uno se prepara para el trabajo en el trabajo. Pero en un trabajo que tiene sentido y finalidad. No en ese trabajo en serie que es una alienación, y es precisamente el que se empeñan en exigir los malos pedagogos. Trabajar no es pasar horas y horas emborronando papeles que no tienen otra finalidad que consumir el tiempo o poner una nota. La escuela tiene que convertirse en el taller donde la palabra trabajo cobra todo su significado manual, intelectual y social, en cuyo ámbito el alumno no se cansa de buscar, realizar, experimentar, conocer y ascender, concentrado, serio, reflexivo, humano.

2.3 La pedagogía de la creatividad

Lo hemos repetido en muchas oportunidades: "Si dejáramos a la escuela la enseñanza del habla, la mayoría de los niños crecerían semimudos. Si dejáramos a los educadores el enseñar a nadar o montar en bicicleta, muy pocos niños terminarían siendo capaces de hacerlo".

¿Cómo es posible que siendo los niños tan creativos, tan curiosos, tan invento-

Los trabajos que usted escribe en su
Macintosh
se los podemos imprimir en nuestra
IMPRESORA LASER
en la redacción de esta revista

res y espontáneos, seamos los adultos tan rutinarios, tan apagados, tan conformistas? ¿Hasta qué punto la escuela es culpable de ese proceso de deterioro humano? Esa escuela que no nos impulsa a amar la vida, que nos llena de palabras y nos fastidia tanto, ¿no será en gran parte la responsable de la falta de creatividad y entusiasmo de los adultos?

El niño es, por naturaleza, creador, y se realiza y desarrolla como persona a través de su propia acción e investigación. La actividad creadora es en él una necesidad biológica. Un niño nace, y a pesar de que lo percibimos como pura carencia, es todo un cúmulo de inquietudes y curiosidades. Pronto empieza a reconocer a su madre por el olor, la palabra, las caricias, y le responde —se comunica con ella— con su llanto, su sonrisa, sus gorjeos. El niño es pura curiosidad: todo se lo lleva a la boca y a través de su experimentación, va aprendiendo qué cosas le producen placer y dolor, qué cosas son placenteras o desagradables. Aprende a hablar por el método natural (no por medio de las leyes gramaticales de la escuela), y cuando se abre a ese mundo prodigioso del habla, hará de la pregunta contínua el vehículo fundamental para saciar su permanente curiosidad. Mediante sus preguntas, va investigando acerca de las personas, fenómenos y cosas. Dicen que un niño de unos cuatro años formula como cuatrocientas preguntas al día. El niño, antes de ir a la escuela, es pura creatividad, curiosidad, ansias de saber. En cuatro o cinco años de vida, sin esfuerzo aparente, sin deberes, tareas, copias ni memorizaciones obligatorias, los niños han alcanzado un cúmulo de conocimiento y de habilidades sorprendente. Son ricos en ideas, ocurrencias, lenguaje, experiencias personales originales; ricos en ingenio y en aquella sed devoradora que los empuja a ir siempre más allá. Pero ahí está esperándoles la escuela, con su tedio, sus trampas, sus deberes.

Este niño tan curioso que ha aprendido tantísimas cosas en un espacio tan breve de tiempo, este niño que ha hecho del aprendizaje un acto gozoso, lúdico, que toma tan en serio el juego que con frecuencia se olvida de comer, llega a la escuela y recibe una doble lección fundamental que lo va a marcar por el resto de su vida: A la escuela se viene a aprender, no a jugar. A aprender cosas que otro, el maestro, decide. Sus preguntas, su curiosidad, quedan cercenadas. De ahí en adelante, el maestro es el que hace las preguntas y él sólo debe responder y responder lo que el maestro quiere que responda. Es bueno que aprenda pronto esta lección fundamental si quiere ser un buen alumno y tener éxito en todo su proceso educativo. La curiosidad, la creatividad, van siendo desterradas de la escuela. "Copien, repitan, hagan una y otra vez los números de adelante para atrás y de atrás para adelante" pasa a ser, con las variantes respectivas, el principio fundamental de todo el proceso educativo. De este modo, al cerrarles la puerta de su curiosidad que los lanzaba con una fuerza prodigiosa al mundo de lo desconocido y de lo bello, al meterlos en el único molde de una práctica educativa incolora y sin vida, saldrán alumnos en serie, masificados, no personas creativas.

Si buscamos alumnos inteligentes, estimulemos su imaginación, alimentemos su curiosidad con alimentos de vida,no con migajas resecas: migajas de lecturas de trozos sin sentido o de obras que ignoran, sacados de su contexto; migajas de historia, sin relación ni referencia a su vida, a sus problemas, a su propia historia; migajas de cálculo y de ciencias; migajas de definiciones y conceptos que deben memorizar sin entender; migajas de investigación que se reduce a copiar libros; migajas de moral, migajas de arte. Migajas de horas de clase, de recreos..., para así lograr, en palabras de Freinet, migajas de hombres.

Los educadores no podemos seguir por más tiempo entendiendo nuestro papel cómo el de impartidores de conocimientos, pasadores de objetivos y materias, cumplidores de programas, sino como el de "provocadores de la creatividad". Y la creatividad sólo se provoca enfrentando directamente al individuo con situaciones conflictivas, con problemas a resolver, con retos personales. El maestro creativo capitaliza la curiosidad innata del niño por el mundo que le rodea. Planifica preguntas y acciones que conducen de la curiosidad a la investigación, y de aquí al descubrimiento. Y si la investigación parte de una necesidad sentida de resolver un problema real, es una experiencia emocionante y muy satisfactoria.

Nuestra actual sociedad, tan vacía y tan injusta, necesita desesperadamente de personas creativas, que desarrollen permanentemente conductas innovadoras y que no acepten que necesariamente las cosas tienen que seguir así. Urge superar nuestra actual situación proponiendo formas de vida más digna y más plena para todos. Venezuela emprenderá realmente el camino de su liberación en la medida en que los venezolanos nos entreguemos con entusiasmo y con placer a la solución de los problemas que nos agobian, descubramos que es maravilloso crear y producir, y comprobemos el placer que brota al constatar que uno va creciendo, va realizándose, va humanizándose, y en la misma medida, va contribuyendo al crecimiento y humanización de lo otros. Este es el reto que debe descubrir y asumir la verdadera educación. Un reto para todo educador verdadero que asume el compromiso de gestar con su práctica la nueva educación por venir, llenando de vida a sus alumnos y, por ello, viviendo su propia vida a plenitud. El día en que los docentes recobremos la dignidad del oficio de maestro, y aprendamos de nuevo a vivir, a emocionarnos, a soñar, ese día estaremos educando, estaremos formando hombres y estaremos siéndolo nosotros.